

ALGUNOS no quieren aceptar esta gran verdad: que «no se nace cristiano, sino que se va haciendo uno cristiano» (Tertuliano). Queremos, a todo trance; conseguir un cristianismo sociológico; crear un clima de presión que nos haga cristianos a todo trance. Piensan estos equivocados católicos —teólogos, incluso, como J. Daniélou, S. J.— que un régimen de cristiandad como el feudal (aunque modernizado) fomenta el catolicismo.

No nos damos cuenta de que esto nos llevaría —si fuésemos consecuentes— al extremo de forzar a todo el mundo al bautismo —como quería el teólogo medieval Escoto— para que si las primeras generaciones permanecían todavía insinceramente cristianas, pudiesen llegar los hijos a ser unos cristianos más convencidos.

En realidad querrían, estos seguidores de una moral de derechas, que el «catolicismo no fuera sino un conjunto de costumbres buenas y malas, en las que las malas tendrían tanto derecho, o más, que las buenas a subsistir, con tal que fuesen suficientemente antiguas», como con irónico juicio afirma el teólogo Louis Bouyer.

Pero —quienes así quieren proceder— olvidan que el cristianismo es una herencia viva, y no un conjunto de anticuallas que, a todo trance, hemos de conservar.

UN ejemplo bien claro de esto es lo que pasa a bastantes católicos con el Vietnam. Cuanto más de orden somos, cuanto más arrimados estamos a las altas esferas eclesiológicas, cuanto más oficialmente queremos representar a la Iglesia, participamos más de esta mentalidad conformista de derechas, que todo lo quiere resolver —en el plano religioso— con la conservación de lo «establecido», bien por la fuerza de la ley o por la de las armas.

No creen éstos que haya otra moralidad que la de conservar a ultranza el orden externo. Lo demás, los valores de la dignidad humana, se aprecian demasiado poco en el mundo católico muchas veces, por obra de esta mentalidad tan conformista y reacia a la superación de situaciones sociales injustas, que, sin embargo, debían estar ya superadas.

No piensan que la moralidad pueda ser una ciencia vital, por la que el hombre y la mujer, que tan degradados viven en buena parte de nuestro mundo del siglo XX, se den cuenta de que todavía no han llegado plenamente a ser ellos mismos, y puedan hacer un real y eficaz esfuerzo para conseguirlo.

Pero la realidad se encarga de dar un rotundo mentís a estas elucubraciones «morales» de conseguir el orden por la violencia, que, en el fondo, no obedecen sino al temor de perder los «situados» su adquirida comodidad egoísta.

Estamos todavía, con esos ejemplos, en la misma estructura de aquella época decimonónica, en la que se proclamaba que el régimen de salario era libre, que el patrono y el obrero tenían libertad para concertar el salario, pero estando el obrero inerte y solitario, dependiendo totalmente de la presión y fuerza del propietario del capital.

La libertad sin garantías reales, no podemos olvidar que es siempre una ficción. De igual modo que la proclamación de la libertad, sin la liberación de las trabas que impiden su realización, es una hipocresía del que detenta los poderes sociales, políticos o económicos, en el mundo de hoy. El potentado —nación o individuo— es quien todavía marca muchas veces en nuestro mundo las concesiones que está dispuesto a dar a la gran masa de subdesarrollados, que somos la mayoría de los hombres de nuestro planeta. Pero ese aparente orden, y esa proclamación de libertad en el papel, no son ni el verdadero orden moral, ni la auténtica libertad que necesitan todos los hombres para sentirse dignos.

DE Gaulle nos acaba de asombrar pidiendo la paz para el Vietnam; pero si hubiésemos escuchado las angustiosas voces de algunos católicos que han vivido la experiencia norteamericana —como el famoso Padre Tho, un verdadero y desprendido apóstol— no nos habría chocado esta petición.

La consideramos una hábil maniobra de un astuto político, y tras este somero juicio olvidamos lo más importante: la realidad que clama tras miles de personas, reducidas a la condición de mercancía en el Vietnam del Sur, a pesar de esa simpatía que tenemos por el «orden» que allí está en vigor.

No tiene inconveniente, este sacerdote católico, en confesar crudamente al periodista de *Informations Catholiques Internationales*, Jean-Philippe Caudron: «Yo creo que la paz es preferible a esta situación». ¿Por qué? Por esta triste realidad: «Que combatimos a los ateos, pero cada vez vivimos más como aquellos ateos prácticos que ponen como centro de sus vidas el dinero y el placer egoísta».

El resultado de una civilización capitalista, de corte materialista, lo vemos en carne viva en ese pueblo, que supo preservar sus valores humanos durante los siglos de ocupación china, pero que ha sucumbido al egoísmo y al afán de lucro, que es la esencia de nuestra civilización moderna, traído —como carcoma que todo lo roe, aunque sin proponérselo— por los brillantes ejércitos norteamericanos, formados en buena parte por hombres producto de una mentalidad materialista puramente mecánica, que pone como centro de su organización social la inhumana ley de la jungla, que es la competencia descarnada, sin atención a los valores humanos básicos en economía.

No son sólo expresión de este mal, las *taxi-girls*, o las *call-girls*, que prefieren ganar 20.000 piastras vendiendo «ordenadamente» su cuerpo al mejor postor, en vez de trabajar afanosamente como mecanógrafas por un sueldo seis veces menor, que no les da para comer sus padres y hermanos pequeños. Hasta el clero se envilece allí —a tenor de lo que dice el P. Tho— ante el afán de dinero y en proporción alarmante.

La especulación de terrenos, o de edificios, es el campo que los clérigos encuentran como más remunerativo en el Sur del Vietnam, según estos comentaristas: así lo cuenta Caudron. Se ha dado el caso de un misionero canadiense que, asqueado por el ambiente envilecedor —donde, por supuesto, se respeta en la legislación al catolicismo—, prefiere volver al Norte, donde confiesa que «aunque no sea libre externamente, podrá vivir con buena conciencia».

Trágica reacción de desesperanza ante el panorama de ese orden tan querido por muchos de derechas.

SE plantea también allí el problema del peligro que, para la fe, entrañan esas situaciones anti-religiosas, como la que se vive en Vietnam del Norte.

Pero el católico vietnamita tendría que preguntarse si sólo es peligrosa para él la lucha clara de tipo ideológico que existe en esa zona, o lo es también la disolución casi general del Sur que, con su ausencia de criterios, apaga todo heroísmo cristiano y toda moral de honradez personal.

¿No es, quizá, casi igualmente peligroso hoy el declarado y abierto «lavado de cerebro» chino-comunista, que esa sutil presión constante que en Occidente se ejerce cotidianamente por todos los medios de comunicación social (prensa, propaganda, radio, TV, cine y teatro), para ahogar cualquier estímulo que no sea el del egoísmo, la competencia o el afán desmedido y asocial de lucro?

Cosa aparentemente paradójica es que el doctor Robert J. Lifton, por otro lado, tras analizar durante varios años el proceso psicológico de los repatriados americanos, sometidos en China al «lavado de cerebro», ha llegado a la conclusión de que un hombre de convicciones íntimas difícilmente sucumbe de una manera definitiva y permanente a esta temida acción. Pero, eso sí, quien tenga un esquema mental *integrlista*, cae fácilmente ante los embates de la reeducación tras la cortina de bambú. Lo contrario que el llamado *progresista*, que no suele perder sus convicciones cristianas, aunque acepte las realizaciones positivas que ha visto en aquellos lugares.

DE DERECHAS

«Un ejemplo típico —dice el psicólogo J. A. Brown— es el del obispo Barker, católico integrista». Era un **totalitario** cristiano, cuyos esquemas mentales exterioristas, disciplinarios y objetivistas, tuvieron una concordancia casi exacta con las doctrinas pro-chinas que se le presentaban coactivamente. De este modo, fácilmente pasó de un campo doctrinal al otro, porque su mentalidad era básicamente la misma, aunque su aspecto cambiase de signo.

En cambio, un jesuita de ideas religiosas liberales, sometido al mismo proceso, no sólo no sufrió ninguna conversión, ni apostató de sus creencias religiosas, sino que la dolorosa experiencia le sirvió para mezclarse más con el pueblo chino, y vivir sus problemas, reconociendo los fallos que la Iglesia había tenido en los regímenes anteriores; pero afirmándose más y más en la misión que, como cristiano, le incumbía en aquellos ambientes, donde se lucha afanosamente por un desarrollo económico y social de aquellas atrasadas zonas.

El cristiano, que vive su fe con íntima convicción y con una interior experiencia de su vital valor, difícilmente sucumbe definitivamente a la presión o a la tentación, a pesar de su flaqueza. Su sincera vivencia —como decía Pablo VI en la «Ecclesiam Suam»— es su mejor resguardo.

Lo malo es que muchas veces —como pasa en España— no se vive la fe, sino la rutina de unas costumbres exteriores. Se es católico por **folklore**, o por conveniencia, o por rutina, pero no se ha vivido por dentro la positiva ayuda de una convicción personal, profunda y sincera.

Ahora bien, tenemos que pensar que la ignorancia religiosa en que se nos ha mantenido en muchos países de tradición católica, no se resuelve sólo con píldoras concentradas de liturgismo elegante, o con máximas teóricas (aprendidas de memoria y puramente abstractas), sino haciendo vivir de verdad a la gente los valores religiosos personales. ¿Quién dejará de creer —entre los católicos— que la fe tiene por misión fundamental la aceptación de unas fórmulas doctrinales, cuando, sin embargo, su meta última es aceptar la persona de Jesús?

Este centrar la religión en una persona, y no principalmente en una doctrina, es enseñanza constante de los teólogos, desde Santo Tomás, en el siglo XIII, a Bernard Welte en 1954; aunque nos suene hoy a «protestante» —en el sentido popular de la palabra— por incuria de nuestros educadores católicos.

No es, ni ha sido nunca, nuestra mejor defensa religiosa propugnar un objetivismo exterior e inhumano, quedándonos siempre en unos cuadros de pensamiento rígidos y abstractos. Lo único eficaz no es vivir parapetado tras condenaciones y alarmas, sino estar convencidos de nuestra propia afirmación de seguir a la persona de Jesucristo, viviendo íntimamente el valor de esta realidad.

PAUL Lafargue —el yerno de Carlos Marx— se escandalizaba en 1895 de que el arzobispo de París dijese en alabanza de la **Teología Moral**, del Padre Gury, que esta obra «había cambiado el espíritu del clero francés». En ella se preguntaba: «¿Puede el hombre tener derecho de propiedad sobre otro hombre?»; y contestaba el piadoso Padre: «En principio no es contraria al derecho natural la esclavitud».

«Provechoso» cambio de espíritu el que preconizaba este arzobispo para su clero (pero con malicia tendríamos que preguntarnos, ¿provechoso para quién?).

Sin embargo, resulta más escandaloso todavía que esta inmoral afirmación de la repitiera, casi con las mismas palabras, un **Compendio de Teología Moral** editado en 1954, en castellano, con tiradas de doscientos diez mil ejemplares hasta aquella fecha, publicado con el «santo» propósito de que «sigua influyendo en la formación de las conciencias, y contribuyendo a la restauración del mundo en Cristo». ¿Cabe mayor deformación? ¿No se explica así el triste ejemplo que damos a veces los católicos con nuestras pobres ideas morales, cuando tantas veces nos hacemos defensores de toda situación establecida

de privilegio o de aparente orden? Somos demasiado deudores de interpretaciones legalistas, y no de personales convicciones.

En ocasiones ocurre que quienes hemos tachado de peligrosos enemigos nuestros, por su ideas, nos han dado —en ciertos aspectos— una lección humana de moral. Como **Simone de Beauvoir** en su obra de teatro «**Les bouches inutiles**», donde plantea el problema de terminar con la vida de parte de los asediados de una ciudad cercada por el enemigo, para así poder continuar mejor su defensa. Pero dice la escritora existencialista —por boca de su protagonista—: «Si los enfermos y los viejos son bocas inútiles, ¿por qué no juzgaría un tirano, cualquier vida como inútil e importuna? Si un hombre puede ser mirado como una escoria, cien mil hombres juntos no son sino una basura. ¿Habrá que condenar a la mitad de la ciudad para salvar a la otra mitad? No, no condenaremos a nadie..., porque si bien una muerte que se avecina, pero libremente escogida, no es un mal, en cambio, estas mujeres y viejos que echaréis a la fosa, no han hecho ninguna elección. Y les robaréis la muerte, junto con su vida. No, no haremos eso: esta noche un pueblo libre afrontará su destino».

Esta es la voz cristiana, en una boca aparentemente pagana; y, en cambio, el Padre Gury era portavoz de un indigno paganismo, adoptando una actitud aparentemente piadosa.

Todo ello, toda esa moral egoísta, llena de conformismo con el poderoso, y de distinciones insinceras para salirse con la suya, haciendo un hipócrita arreglo con Dios, es la consecuencia de esa moral que podríamos llamar de derechas, que muchos católicos han fomentado, y que tanto ha influido en nuestra formación.

LA cultura eclesial tiene gran dificultad en superar este lastre porque —como vemos por el propio pensamiento pontificio— hasta llegar a Pablo VI no hemos leído, por ejemplo, una declaración suficientemente explícita, aceptando los principios de igualdad, libertad y fraternidad de la Revolución Francesa.

En 1963 es cuando se decidía, por fin, el Papa a decir: «La Revolución Francesa no había hecho otra cosa sino apropiarse de algunos conceptos cristianos: fraternidad, libertad, igualdad, progreso... Pero todo esto, a pesar de ser cristiano, era asumido, unido a una enseñanza anticristiana».

Hemos permitido, por poner otro ejemplo, la prostitución organizada por medio de las llamadas **casas de tolerancia**, sobre todo en los países de tradición cristiana —negocio por el que comerciaban algunos «sesudos» varones, con la dignidad y libertad de la mujer. Y, en cambio, países ateos, o descristianizados, nos tomaron la delantera execrando tales negocios indignos, cuando nuestros graves moralistas todavía los toleraban. Es lo mismo que describe Sartre en su obra «**La ramera respetuosa**», donde el honor de la clase social económicamente elevada de los blancos, se ve defendida a ultranza en nuestro mundo de hoy, por encima del respeto a la dignidad de la mujer y el hombre negros; aunque quien resulte defendido, en el caso de esta obra, sea un hombre falso e inmoral. El que ha matado a un negro —en esa pieza de teatro ejemplar— «es un americano cien por cien, descendiente de una de nuestras más antiguas familias: estudió en Harvard, es oficial, es un jefe, un sólido muro contra el comunismo, el sindicalismo y los judíos: tiene el deber de vivir, y tú —ramera— tienes el deber de conservar su vida», dice el senador en ella; en cambio, «Lizzia, el negro que tú proteges, ¿para qué sirve?».

Esa es la moral que muchos tienen todavía. Producto de esa mentalidad sociológicamente de derechas, estrecha, que tanto ha influido en los cuadros católicos y que ha intentado siempre defender lo establecido —sea cual fuere su cariz moral— sobre lo progresivo; y ha preferido casi siempre el honor de la institución a la dignidad y libertad de cada persona concreta.

No todo hombre de derechas, ni mucho menos, es así, gracias a Dios; pero su misma mentalidad le lleva, demasiadas veces, a ello, con fuerte tentación.